

Diario de viaje:
El calor del hielo

Autor: Dante

28 de marzo de 1994, lunes.

Zarpamos hace aproximadamente 45 minutos, a las 10:25. Desayuné rápidamente en el comedor del hotel Ushuaia Esplendor y me acerqué al puerto, en donde me miraron de reojo hasta subir al buque. La posibilidad de realizar este viaje me la otorgó la Universidad de Buenos Aires eligiendo a mi presentación como “Mejor Proyecto de Investigación en Ciencias Naturales”. Mi madre diría que la posibilidad no me la otorgaron, que la gané por mérito propio. Desde que Carlos se fue siempre quiso mostrarme como un niño prodigio, aunque sabe muy bien que no lo soy. Durante el viaje buscaré sentar las bases del informe que debo presentar acerca de la biología ambiental en el ecosistema antártico. Aunque, a pesar de que me avergüence un poco, posiblemente en algunos períodos perderé mi tono profesional para conectar con lo personal, con la mochila que cargo en la espalda. Buscaré en la Antártida la esencia de las cartas de Carlos. Porque, en lo meramente lingüístico, en lo puramente coloquial, esas cartas son prácticamente comprobaciones de vida, saludos a familiares, pedidos para una vuelta ficticia. Pero yo sé (y siempre supe) que detrás de esa cuestión burocrática existe algo, una emoción que mi hermano me quiso transmitir. En la tinta de esas cartas vive un mensaje oculto, que a día de hoy no llego a descifrar. Intentaré que el frío antártico me dé una pista, me tienda una cuerda para llegar a entender lo que vivió Carlos bajo aquel frío malvinense.

29 de marzo de 1994, martes.

Después de mucho insistir conseguí que el capitán me reciba en el puente de mando. Su nombre es John Alleck, un británico de unos 50 años. Con algunas complicaciones lógicas ocasionadas por mi mal manejo del inglés, me explicó que el buque en el que viajamos es del tipo de los “rompehielos”, los cuales cuentan con adaptaciones para navegar mares congelados. Cuando llevábamos ya unos minutos conversando pasaron a unos kilómetros de distancia dos cruceros un tanto aparatosos. Al ver mi cara de sorpresa acotó que desde el comienzo de la década es bastante común ver barcos de ese tipo y que año a año las cantidades y tamaños se superan, aunque la actividad

turística se encuentre regulada por distintos tratados. Unas horas más tarde me senté en una zona despoblada de la cubierta a hablar con Javier, un científico español al que había conocido en el almuerzo. En el buque los idiomas y nacionalidades son tremendamente variados, por lo que es tranquilizante hablar sabiendo que se te está entendiendo. En cierto momento escuchamos el aviso del capitán informando que habíamos cruzado la zona de convergencia antártica, que es, según palabras de Javier, “el límite geográfico que divide a los climas templados de los polares”.

30 de marzo de 1994, miércoles.

Pocos días en mi vida se han sentido tan interminables como el de hoy. A las 11:00 pisé tierra firme: el buque ancló en la Bahía Guardia Nacional, para llegar de esta manera a la Isla 25 de mayo. Antes de bajar me despedí de Javier, quien seguiría viaje para llegar a la Base Gabriel de Castilla en la isla Decepción. Según lo que figuraba en el programa que me habían entregado, alguien de la Base Jubany me estaría esperando. Y así fue: en la costa me recibió Fabián con una camioneta todoterreno. El viaje fue extenso, pero sirvió para poder introducirme de a pequeños pasos en la vida que voy a tener en estas próximas dos semanas. En primer lugar, Fabián me explicó que fui realmente afortunado de que me autoricen a venir: estos días son los últimos de la campaña antártica. Está cada vez más cerca de comenzar la temporada invernal y por ende las actividades en el continente descienden progresivamente. Ante este comentario, yo, como buen porteño acostumbrado a no salir de mi casa si la temperatura es menor a 5°C, entré en un pequeño estado de pánico. Fabián, jugando un poco con mis emociones, me dijo que venían siendo días difíciles: los vientos polares estaban muy fuertes, y en consecuencia vientos blancos azotaron a la base repetidas veces. Al llegar terminé de entender que iban a ser semanas complicadas. Mientras yo esperaba una bienvenida y presentación por parte de los científicos, lo que ellos esperaban era muy distinto: cuatro integrantes del personal de la base salieron hace ya cuatro días a un campamento que teóricamente les llevaría

dos. El clima ya no era malo solo en cuanto a la temperatura. Ahora también se había llevado puesto a lo emocional.

31 de marzo de 1994, jueves.

En lo que va del día no realicé ninguna actividad de importancia. Claro que no me puedo encontrar en un peor contexto: la preocupación desborda las instalaciones de la base. La poca información que tengo sobre lo que está ocurriendo me la dio Fabián, aunque lógicamente sin la mejor predisposición.

Sebastián, Alejandro, Walter y Ema salieron hace cuatro días en busca de una población de elefantes marinos que suele reproducirse en la costa, a unos 7 kilómetros de la base. En los últimos años el número de nacimientos de esta especie ha sido un poco irregular, así que los científicos tomaron la decisión de acercarse a realizar algunas fotografías y verificar el estado de las crías. La tarea era relativamente sencilla, así que de no mediar complicaciones el equipo comandado por Sebastián estaría de vuelta en dos días. A pesar de que es entendible el estado de alarma, siento que hay algún dato que me falta. Las caras de los presentes aquí en la base muestran una alteración que no termino de entender.

1 de abril de 1994, viernes.

Mis suposiciones eran ciertas, había algo que yo no sabía. Anoche durante la cena hablé con Fabián, intentando encontrar una respuesta a mis sospechas. Después de insistir un poco, conseguí lo que quería. Hace unos meses, un grupo de nueve científicos rusos de la base Bellingshausen, salieron en una expedición con el objetivo de tomar muestras de los organismos de hielo marino presentes en las inmediaciones de un glaciar cercano. En la planificación se había establecido que el viaje duraría tres semanas, pero al cabo de apenas doce días se produjo el retorno. Claro, este regreso fugaz estaba acompañado de pésimas noticias: en vez de nueve, eran cuatro. Una parte del glaciar se había desprendido mientras en ella se encontraban cinco de los científicos. Los restantes permanecían dentro del campamento que habían montado, clasificando las muestras tomadas el día anterior. La

amplificación polar es un proceso derivado del cambio climático y viene dándose hace años en el continente. El aumento de temperatura producido por el calentamiento global desencadena el derretimiento de los polos, lo que tiene un gran impacto en la región antártica. Y esta vez la víctima no había sido solo el glaciar: cinco hombres se fueron con él.

2 de abril de 1994, sábado.

No existe problema alguno que nuble este día. Podré estar solo y aislado. Podré estar en un lugar inhóspito, feroz y salvaje. Podré estar lejos de casa. Pero siempre, desde hace doce años hasta que el mundo se acabe, todo dos de abril voy a estar con vos, Carlos. Pensándote, extrañándote. Voy a cuestionarme siempre “qué hubiera pasado si...”. Si te escapabas, si no te llevaban, si volvías. Solo sé que mi vida sería diferente. Sé que mamá no lloraría tan seguido. Sé que papá no se hubiera ido tan triste. Posiblemente, Carlos, si aquel día que te fuiste yo hubiera estado ahí, si mamá no me hubiera llevado a casa de Don José, si hubiera estado yo presente cuando cerraste tu mochila, no hubiera dejado que te fueras. Porque siempre me faltó, en cada día desde que te fuiste, un empujón, un apoyo, una parte de lo que soy. Nunca pude recuperarme de no tener un último desayuno, un último viaje en colectivo, un último partido de ajedrez. Vos no supiste (o tal vez sí) pero cada mañana que me dejabas en la escuela yo presumía orgulloso a mi hermano mayor.

Un día, sin esperarlo, me quedé sin saber qué presumir.

5 de abril de 1994, martes.

Llevo dos días sin escribir aquí. Pasé las últimas 48 horas rondando por la base y sus inmediaciones, anotando algunos datos que fui recopilando para mi informe y buscando nuevo material. Debo reconocer que, en lo relacionado a mi proyecto, no puedo quejarme de nada: en los alrededores de la base Jubany, el ecosistema se mantiene intacto, y alejándome sólo unos pasos

puedo olvidarme de la diminuta civilización que tengo detrás. Según lo que me explicó Fabián en el almuerzo de ayer, esto se debe en gran parte al Tratado Antártico, que rige desde hace años en todo el continente. Se trata de un acuerdo firmado por decenas de países con el objetivo de certificar la paz, la cooperación científica y la protección del ecosistema antártico, convirtiéndolo en territorio protegido. Nunca me destaqué en las materias relacionadas a la contaminación, pero sí puedo apreciar que todas las normas se aplican de manera efectiva.

Es consolador tener este diario cerca y poder escribir en él en paralelo al informe para la universidad. El tecnicismo y la precisión lingüística que me demandan un proyecto tan grande son agobiantes y acaban irritándome. Aquí, en cambio, puedo plasmar lo que realmente vivo, las miradas, las percepciones, los elementos sentimentales que se entrometen en un viaje. Y claro que para un obsesivo del conocimiento como yo, dejar registrados algunos datos de color es una motivación extra para estos helados días en el helado continente antártico.

6 de abril de 1994, miércoles.

Los cuatro científicos aún no vuelven y todo se torna cada vez más complicado. A pesar de que me cueste aceptarlo, mi egoísmo me carcome: no dejo de pensar en todo lo que podría haber hecho en estos días si mi llegada no hubiera coincidido con esta situación.

Igualmente, una luz de esperanza iluminó hoy mi día: Fabián me comentó que iba a salir en búsqueda de los cuatro perdidos. Instantáneamente entendí que era mi oportunidad. Si logro convencerlo de que me lleve como acompañante tendré un recorrido exquisito por una parte de la isla. Para mañana, cuando vuelva a escribir aquí, estaré o muy extasiado o muy deprimido. Porque la Antártida es el continente blanco. No hay grises.

7 de abril de 1994, jueves.

Al fin puedo decir que, en el día de hoy, todo salió bien. Escribo esto sentado junto a una fogata un poco triste. No puedo evitar ponerme melancólico y

recordar aquellas noches de sierra cordobesa, en casa de la familia Maldonado, encendiendo un fuego espléndido y bailando con mis amigos cumbia y quarteto. Aquí, en cambio, la música que ambienta la cena es el viento feroz que se entromete en mis oídos.

Hoy por la mañana Fabián se me acercó para pedirme que me aliste, que podía acompañarlo en el viaje. Noté un dejo de resignación en sus palabras, pero estoy bastante seguro de que fue fingido. Salimos a las 09:45, y durante el primer trayecto me comentó a dónde nos dirigíamos. La primera parada sería la costa en la que los cuatro científicos se habían comunicado por última vez con la base. Según los investigadores que habían permanecido en Jubany, una posibilidad era que los desaparecidos hubieran quedado atrapados en su campamento tras la tormenta de nieve que transcurrió hace algunos días.

Al llegar, como suponía, no había nadie. Dimos bastantes vueltas, buscando y buscando, pero nada, no había siquiera una huella, una pequeña pista que fuera indicio de algo. Yo, ingenuo, como siempre, me acerqué a Fabián para consolarlo, para darle ánimo de seguir buscando. Él, sin embargo, tenía un aura de alivio, de buen presagio. Claro, si sabíamos que los científicos habían acampado en la costa sanos y salvos, y al llegar nosotros todo permanecía impoluto, intacto, solo había una opción viable: se habían retirado de la costa con tranquilidad, paciencia y tiempo. Si una tormenta de nieve los hubiera azotado, los rastros propios de una huida fugaz permanecerían esparcidos por todo el terreno.

Continuamos el viaje en dirección a una zona de campamentos que se encontraba a algunos kilómetros, en la dirección opuesta a la base. Científicos, investigadores y biólogos de distintas naciones se alojan allí durante períodos cortos, ya que este área tiene una diversidad de especies increíble.

Y aquí estamos, junto a Fabián, recuperándonos tras un viaje cansador. A pesar del agotamiento, me siento muy bien, y sé que podré recopilar muchos datos importantes en los días que permanezcamos en movimiento. Ahora mismo, en contra de mi voluntad, vamos a ir a hablar con un grupo de

científicos que acampan en una tienda aledaña a la nuestra. Intentaré no pasar vergüenza por mi nivel de inglés.

8 de abril de 1994, viernes.

Son apenas las 04:15 de la mañana pero necesitaba registrar esto ahora mismo, con las emociones a flor de piel. Antes que nada, explico el contexto: luego de cenar, fuimos con Fabián a hablar con un grupo de científicos que se reunía alrededor de una fogata a pocos metros nuestro. Luego de conversar un tiempo con Zoe, una investigadora neozelandesa, pasé la noche con ella. Hace aproximadamente 40 minutos desperté, o mejor dicho, me despertó un ruido muy extraño proveniente del exterior. Cada vez era más fuerte, y percibía como el sonido se acercaba lentamente a la carpa. Muchas veces he presumido ante mis amigos de mi coraje, alegando que “caminar por Balvanera todas las madrugadas no es para cualquiera”. Pero en la noche antártica, rodeado de nieve en lugar de árboles, de carpas en lugar de casas y de soledad en lugar de muchedumbres, a ese coraje le entran ganas de irse. Abrí la puerta de la tienda, encendí mi linterna, y una sombra gigantesca e inentendible se apareció frente a mis ojos. Largué un agudo alarido, me eché hacia atrás velozmente y me cubrí con una manta pretendiendo que me sirviera de escudo, que evite que esa bestia me haga daño. Zoe se despertó alarmada, pero luego de unos segundos, procesó la situación, y comenzó a reírse a carcajadas. Ella, muy conocedora de estas tierras, no tardó en comprender: el skua marrón es un ave típica del continente antártico. Es muy territorial y cuida ferozmente su área reproductiva y de alimentación. Se nutre, entre otras especies, de huevos y pichones de pingüino. Al percibir el ave mi presencia, se alarmó y comenzó a aletear y emitir sonidos fuertes, protegiendo su zona alimenticia. Zoe, después de burlarse un poco de mí, cerró la carpa y se acostó de nuevo. En lo que tuve suerte fue en haber apuntado unos centímetros hacia el costado con mi linterna: posiblemente me hubiera desmayado de tan solo ver al skua comer al pobre pingüino.

.

Continúo escribiendo mientras el día va terminando y comienza la noche. Hoy volvió a ser un buen día. Amanecí con la anécdota que es, hasta ahora, la mejor del viaje (claro está que no tiene mucha competencia). Después de lo ocurrido no pude volver a conciliar el sueño, no solo por la euforia del momento, sino también porque el recuerdo de "*The Thing*" me impedía terminar de tranquilizarme. Me explico: *The Thing* es una película de John Carpenter que transcurre en la Antártida. Un grupo de científicos estadounidenses se encuentran con la "Cosa", un monstruo o alienígena que tiene la capacidad de imitar en cuerpo y forma a otros seres. Esto lleva al grupo de investigadores al colapso psicológico y a la paranoia, ya que no pueden estar seguros de nadie ni de nada.

La primera vez que vi *The Thing* fue en el 82', cuando se estrenó. Carlos era fanático de Carpenter, así que me llevó al cine, a escondidas, mis padres no podían enterarse. Faltaba poco para mi cumpleaños de 12, y él quiso regalarme esa experiencia. Yo no lo sabía, pero era también una despedida. A los dos días tuvo que ir a combate.

Me despojo de lo emocional y termino con el relato del día de hoy. Durante el mediodía conseguimos un dato clave: unos científicos chilenos nos comentaron que la colonia de elefantes marinos se había reproducido este año a algunos kilómetros de distancia de donde lo hace habitualmente. Y sí: era el mismo grupo que habían salido a buscar Sebastián, Alejandro, Walter y Ema. Mañana iremos al lugar que nos describieron los chilenos. Espero que ninguna otra "Cosa" se aparezca en mi camino.

9 de abril de 1994, sábado.

Los encontramos. Los cuatro científicos están con Fabián y conmigo, preparando algo para cenar, con una sonrisa de oreja a oreja. Si este diario fuese un cuento, posiblemente pensaría cómo narrar los hechos añadiendo suspenso o misterio. Pero lo que realmente ocurrió es muy sencillo: al llegar a la zona de la que nos hablaron los chilenos, bajamos de la camioneta y nos dirigimos a la costa. No era necesario ser muy observador: un festival de

elefantes marinos se llevaba a cabo en frente nuestro. Miré a Fabián y su rostro daba indicios de que todo iba a salir bien. Caminamos un poco, y en un momento un destello naranja se apareció entre la pálida nieve del casquete polar. Mi compañero aceleró el paso. El fluorescente color de la carpa nos había indicado el camino a la gloria. Walter, Sebastián, Ema y Alejandro están (y siempre estuvieron) sanos y salvos: cuando llegaron al punto en el que inicialmente realizarían el estudio, no había ni un solo elefante marino a la vista. Siguieron su recorrido esperando que la colonia estuviera más adelante. Y así fue. Aunque claro está, hubo inconvenientes. Durante el montaje del campamento el equipo de comunicadores cayó al suelo, donde la nieve húmeda lo embarró por completo. Ni siquiera Alejandro, experto en sistemas, logró que vuelva a funcionar. Al no poder notificar al resto de científicos su situación, creyeron que lo más prudente era permanecer quietos durante un tiempo. Me pareció lógico: si intentaban volver y surgía algún problema en el camino, las circunstancias podían terminar realmente mal. El reencuentro, quitando alguna lágrima de Fabián, fue bastante cordial. Mañana regresaremos a la base. Me quedan pocos días aquí. Espero aprovecharlos.

10 de abril de 1994, domingo.

Estamos de vuelta en la base Jubany. El viaje fue genial: hablando con Sebastián descubrimos que somos del mismo barrio y que fuimos a la misma escuela. Contamos anécdotas de Rastori, Soria, Pizzi y muchos otros profesores míticos de mi querido Nacional de Quilmes.

Mientras viajábamos vi una fascinante cantidad de gaviotas posando elegantes en la costa. Claro, al no existir en la Antártida depredadores terrestres, estas zonas son un edén para las aves.

Al llegar, al ver el abrazo entre los 4 científicos que habían desaparecido y los que permanecían en la base, sentí, por primera vez desde que pisé el

continente, que todo estaba donde tenía que estar. Como la frase de aquella canción que me cantaba mi madre antes de ir a dormir: “todo está en calma”.

11 de abril de 1994, lunes.

Hoy fue un día tranquilo. Hablé con muchos científicos con los que no había cruzado palabras. Hice algunas entrevistas para sumar material al proyecto. La más destacable fue la que le hice a Damián, especialista en la fauna antártica. Me comentó acerca del daño que ha provocado la actividad pesquera en el continente. Las matanzas de ballenas y focas que se llevaron a cabo a comienzos de siglo fueron tan terribles que sus poblaciones aún no han podido recuperarse. La situación es realmente preocupante.

Me quedan apenas tres días en suelo antártico. Mañana Fabián me acompañará a una zona de la costa que está bastante cerca de aquí. Me será muy útil tomar algunas fotografías y dejar descripciones por escrito.

12 de abril de 1994, martes.

Hubo adrenalina de sobra en la travesía de hoy. Alrededor de las 11 de la mañana salimos de la base con Fabián, caminamos unos 25 minutos y llegamos a una hermosa parte de la costa. A medida que me acercaba al agua encontré una increíble diversidad de musgos y hongos que le daban color al paisaje. También tuve que esquivar algunos nidos de aves que reposaban a metros de la bahía.

Tras realizar bastantes anotaciones y dejar registro de las especies y organismos presentes en la zona, me senté a apreciar el lugar en el que me encontraba. Todo aquí me parece increíble: las gigantescas barreras de hielo, los glaciares, el cielo. Fue entonces cuando vi a un pingüino parado, inmóvil, sobre una capa de hielo marino que se desprendía de la costa, muy cerca mío. Me puse de pie, y comencé a acercarme lentamente, mientras sacaba de un bolsillo mi cámara fotográfica. Apenas puse un pie sobre el hielo marino, escuché la voz de Fabián, notablemente alterado, al grito de: “¡¿A dónde vas?!”. Le respondí, contrastando su alarido con un susurro, que solo quería tomar una fotografía al pingüino, que era una imagen perfecta. Debí hacerle

caso, él es el que sabe. No es para nada prudente caminar sobre una capa de mar congelado. Pero seguí caminando, muy despacio. El pingüino permanecía absolutamente quieto, disfrutando de los últimos rayos del sol que alumbrarían el día. Poco a poco la adrenalina me invadía. La semana pasada Fabián me dio un dato fascinante: casi el 80% de las especies antárticas viven en el fondo marino. A pesar de estar a pocos metros de altura, me sentía ridículamente poderoso.

Cuando estaba ya a unos 4 metros del pingüino, decidí frenarme. Ya me habían advertido sobre las restricciones de acercamiento a la fauna, y no quería traspasar ese límite. Comencé a arrodillarme para tener el mejor ángulo para mi fotografía. Imaginaba al pingüino en el centro, con el glaciar por detrás, el agua rodeándolo y el cielo mostrándose sutilmente por encima. Fue entonces, cuando estaba a punto de presionar el botón, que escuché ese sonido. El sonido que nunca quise escuchar. El hielo comenzó a resquebrajarse bajo mis pies, mientras mi cuerpo temblaba, todavía en cuclillas. Con muchísimo cuidado me estiré hasta quedar parado. Para ese momento el pingüino ya había saltado al agua, escapándose del caos que se desataba en mi cabeza. Fabián me daba indicaciones de cómo y dónde pisar. A cada paso, una grieta de hielo se abría delante mío. Y así, dando pasos largos pero firmes, lento pero seguro, llegué a tierra firme. Tardó mucho en irse ese dolor de panza típico de los nervios, esa agitación propia del miedo. El camino de vuelta fue un sermón (merecido, claro está) de parte de Fabián.

13 de abril de 1994, miércoles.

Hoy fue un día de cierres. Empaqué la mayoría de mis cosas, terminé de registrar algunos datos en el bosquejo de mi informe y comencé a despedirme del paisaje, de la gente. En la base hay un clima un tanto triste. No considero que mi presencia haya aportado mucha alegría ni entretenimiento, pero sí es un tinte diferente para los que viven aquí. Estamos en abril, en la Antártida

empieza el invierno. Esto implica la interrupción del turismo, de las visitas de no residentes. Las interacciones con personas externas a la base van finalizando, por lo menos hasta noviembre o diciembre. Así que, a pesar de no haber tenido una relación muy cercana con ningún científico (exceptuando a Fabián), siento que se me va a extrañar. Repito, no por algún mérito que yo haya hecho (es más, quizás se me recuerde como “el pibe de la UBA”). Pero creo que, de alguna manera, fui una conexión con su casa, con su barrio, con su familia o con el recuerdo de ellos mismos estudiando en la universidad.

Mañana, durante el mediodía, me estaré subiendo al buque que me llevará de vuelta a Ushuaia. Durante las horas de viaje tendré mucho para pensar.

14 de abril de 1994, jueves.

Me encuentro en la cubierta del rompehielos. La Antártida ya es, desde mi perspectiva, una delgada línea que se difumina con el horizonte. Fabián me acompañó hasta el punto de embarque. Fue un momento lindo. No solo por el extendido abrazo, sino también por el paralelismo entre la llegada y la partida. Exactamente en el mismo lugar, hace poco más de dos semanas, mi mano se estrechaba con la de aquel desconocido científico en un desconocido continente. En mi cabeza había miedo, dudas. En la de él, preocupación por sus colegas desaparecidos. Hoy, a pesar de haber estado rodeados por un paisaje idéntico, todo se sintió diferente. La serenidad y el sosiego primaban en ambos. Esta vez, el científico desconocido se hizo llamar Fabián, y aquel apretón de manos mutó a un abrazo.

Las únicas conclusiones acerca del viaje que puedo obtener ahora mismo giran en torno al proyecto de investigación. Considero que tengo un rico boceto que puede culminar en un buen informe. Tanto en cuanto a datos como a vivencias, reúno el material necesario para empezar a trabajar. Espero que el estrés que me generará la redacción no opaque, en mi cabeza, nada de lo ocurrido durante estas semanas.

Aún no me siento preparado para redactar la conclusión general del viaje. Intentaré leer este diario en las horas que me quedan arriba del buque para

poder ordenar mis sensaciones, repasar los hechos y escribir mi visión actual sobre lo vivido. Esta fue una experiencia inolvidable y difícil de describir. Espero, a lo largo de mi vida, volver a aquellas tierras la mayor cantidad de veces que sea posible y conocer las 12 bases argentinas que me faltan. ¿Por qué no soñar?

15 de abril de 1994, viernes.

Está atardeciendo y muy a lo lejos se ven los inicios de la costa ushuaiense. Durante el día de hoy, leí las 11 páginas que se encuentran antes de esta, y busqué, en cada recoveco, en cada renglón, todo el detalle posible. Pensé mucho. Y creo estar preparado, ahora sí, para escribir algunas reflexiones.

Mi evolución emocional a lo largo del viaje es notable. En realidad no había tomado noción de semejante transformación hasta la lectura de este diario. Con el paso del tiempo, la melancolía me fue invadiendo. Los primeros días en la Antártida me mantuvieron la cabeza muy ocupada. Mi adaptación al lugar, la desaparición de los científicos, los inicios del informe. Sin embargo, algunas páginas más tarde, aparecen, camuflados entre anécdotas y datos, recuerdos de tiempos que extraño. Ver *The Thing* en el cine, el Nacional de Quilmes, mis noches en Balvanera. Quizás la soledad, quizás el frío, quizás la incertidumbre, me trajeron a la conciencia esos recuerdos que divagaban perdidos en mi historia.

No estoy seguro de haber llegado a una conclusión muy firme sobre la esencia de las cartas de Carlos. Pero, después de lo vivido estas semanas, hay algo que sí llegué a entender. En sus palabras, lo que Carlos decía sin decir, el sentimiento que se perdía entre la literalidad, era que necesitaba volver a casa. Que las fuerzas para dar otro paso solo podría dárselas el guiso de lentejas de mamá o las historias poco creíbles que nos contaba el abuelo. Y yo, a pesar de que nuestras experiencias hayan sido dramáticamente diferentes, me encontré durante mi viaje en esa posición. Cuando escuché aquellos tenebrosos ruidos a las afueras de la carpa, cuando sentí el hielo agrietarse bajo mis pies, lo único que se apareció en mi cabeza fueron imágenes de las cenas con Carlos y

mamá, mirando una película o jugando al Scrabble. El cuerpo, el alma o vaya a saber qué, me suplicaban vivir, una vez más, esos momentos. Luego de leer este diario, supe que esa era la emoción que se escondía detrás de aquellas hojas húmedas y resquebrajadas que llegaron desde Malvinas.